



LAS ESFERAS DEL PODER

William C. Gordon

Sinopsis

San Francisco, 1963. Carlos y Roberto, dos hermanos que trabajan en Conklin Chemical, sufren una severa intoxicación mientras limpian un contenedor. Solo Roberto logra sobrevivir pero su estado es muy crítico. Samuel Hamilton se encarga de cubrir la noticia, mientras sigue investigando unos extraños sucesos ocurridos en Chinatown: veintiún ancianos del barrio han muerto de forma inesperada.

El análisis forense demuestra que todos ellos habían bebido agua embotellada de la misma marca, que contenía una cantidad mortal de arsénico. A medida que avanza la investigación, Samuel se da cuenta de que los dos casos están relacionados. A cada nueva revelación, va adentrándose en una compleja trama de corrupción en la que se ve involucrada una de las más sagradas esferas del poder: la justicia.

Samuel Hamilton tendrá que enfrentarse a seres despreciables obsesionados con el poder y el dinero, y que no dudan en eliminar a todo aquel que se entrometa en sus asuntos.

WILLIAM C. GORDON

Las esferas del poder

Samuel Hamilton 05

Traducción de
Tulio Labadie

www.megustaleerebooks.com

*Este libro está dedicado a Clive Matson,
mi profesor de escritura y guía en seis de mis novelas*

PRIMERA PARTE

1

¿UN ACCIDENTE?

Era finales de septiembre de 1963, el día era fresco y el cielo despejado lucía un azul intenso en el que se perdía la mirada.

La mañana se presentaba ajetreada en la Conklin Chemical.

Chad Conklin, el dueño, silbaba alegremente en su oficina mientras repasaba las entregas del día con Sambaguita Poliscarpio, su director de operaciones filipino. Chad tenía la piel bronceada y su esbelto metro noventa contrastaba con su diminuto interlocutor. Su planta química estaba ubicada en una privilegiada zona del South of Market, cerca de Third Street y frente a la centelleante bahía de San Francisco.

Los dos hombres miraron por la ventana.

—El tanque contenedor tiene que estar limpio para la llegada del cargamento de productos químicos del mediodía —le dijo a Sambaguita—. Tendremos que hacer la mezcla y preparar el envío para pasado mañana.

Sambaguita negó con la cabeza.

—No creo que esté listo en tan poco tiempo, jefe. Una de las mezclas no salió del todo bien y el fondo del tanque está cubierto de lodo químico. Habrá que inclinarlo con la grúa y usar una máquina con un tubo suficientemente largo para eliminar el residuo. Demasiado trabajo, jefe.

—No, ni hablar —contestó Chad—. Manda a un hombre ahí abajo con la plataforma de la grúa y que en un par de horas vacíe esa porquería con cubos y pala.

—No sé, jefe. Ese residuo es bastante tóxico. No creo que un hombre pueda hacerlo.

—Maldita sea, pues envía a dos hombres —le ordenó en tono jocosos y siguió planificando la importante entrega del mediodía.

Sin dejar de menear la cabeza, Sambaguita salió fuera y levantó la mirada valorando los cuatro metros y medio de altura que medía el tanque. Se acercó al operador de la grúa y le dijo:

—Súbeme en la plataforma, le echaré una ojeada al interior.

El operador bajó la plataforma, Sambaguita se subió en ella, fue elevado hasta la parte superior del contenedor y, enfocando su linterna hacia la apertura de un metro de ancho, vio los tres palmos de lodo en el fondo. Se sentó en la plataforma, calculando que serían necesarios dos hombres para limpiar aquello y que llenarían por lo menos diez cubos de lodo cada uno. Una vez retirada esa porquería, tendrían que limpiar y drenar el tanque. En ese momento le alcanzó el hedor del residuo y apenas diez segundos después los vapores tóxicos le produjeron tal mareo que empezó a preocuparse seriamente por la seguridad de sus hombres.

—De acuerdo, bájame —ordenó.

Cuando la plataforma se posó en el suelo volvió rápidamente a la oficina. Chad estaba ocupado hablando con el contable, pero Sambaguita le interrumpió.

—Es demasiado peligroso enviar a alguien allí abajo. Los gases lo matarán.

Chad se levantó y desde su imponente altura bajó la mirada hacia Sambaguita Poliscarpio.

—¡Joder, te he dado una orden! Quiero que el tanque esté listo para el mediodía. Ahora mueve el culo y manda a dos hombres ahí. Y no quiero a dos inútiles, envía a los mejores para que hagan el trabajo como Dios manda.

—Insisto, jefe, es una mala idea. No hay ventilación.

—Y una mierda, yo me hago responsable —dijo Chad enojado, saliendo de la oficina.

—Sánchez, ven aquí —gritó Chad.

Roberto Sánchez era un inmigrante sin papeles de Jalisco, México. Su figura era pequeña y delgada, su bello rostro lucía unos angulosos pómulos indígenas y unos ojos despiertos de color marrón. Era un excelente mecánico. Él solo mantenía en perfecto estado la complicada maquinaria de la Conklin Chemical, en ocasiones sirviéndose únicamente de alambre y cinta adhesiva. Dejó de limpiar los tubos de un contenedor y se plantó obedientemente delante de Chad. Él también era diminuto comparado con su jefe. Este lo miró desde arriba.

—¿Ves ese tanque de ahí? Escoge a un hombre y métete dentro con cubos, lo quiero limpio para el mediodía. ¿Comprende, amigo? —le preguntó en español.

—Sí, señor, *comprendo* —respondió Roberto, escuchando atentamente. Siempre procuraba escuchar con atención a su jefe y obedecer sus órdenes pues él y su familia dependían de ese trabajo.

—Poliscarpio, coge dos máscaras de oxígeno del cobertizo —ordenó Chad.

Sambaguita se dirigió al cobertizo y echó una rápida ojeada a las máscaras alineadas en uno de los muros. Solo había cinco para los veinticinco empleados, todas por estrenar. Se ajustaban a la cabeza con una tira de cuero y un tubo las unía a unas botellas de oxígeno parecidas a las que usaban los submarinistas. Miró las fechas de caducidad y vio que hacía tiempo que habían vencido.

—Ninguna sirve —le gritó a Chad.

—Déjame ver —replicó su jefe, corriendo hacia allí.

Cogió una máscara, se la puso y oyó un leve zumbido al activar el oxígeno. Decidió que funcionaba.

—No te preocupes, Sambaguita. En la Marina usábamos estos chismes y te puedo asegurar que duran una eternidad.

Le dio dos máscaras a Roberto. Este le había pedido a Carlos Sánchez, su hermano, que lo acompañara.

—Os las ponéis en el tanque —dijo Chad.

—Sí, señor —contestaron Roberto y Carlos.

Se encaminaron con todo su equipo hacia la plataforma de la grúa. Se calzaron las botas y los guantes de goma, amontonaron varios cubos, unos dentro de otros, se situaron en el centro de la plataforma y se agarraron al cable que colgaba de la grúa. Cuando alcanzaron la parte superior del contenedor, cuyo diámetro era de algo más de un metro, Carlos le hizo señas al operador para que los desplazara hacia el centro de la apertura.

Roberto y Carlos se colocaron las máscaras, descendieron lentamente hasta el fondo, bajaron de la plataforma y empezaron a retirar el lodo con las palas. De vez en cuando sus miradas se cruzaban y sus rostros revelaban un gesto de ansiedad. Las máscaras estaban tan ceñidas que apenas

podían hablar, pero Carlos, entre palada y palada, se señalaba la suya con desesperación.

A medida que iban llenando los cubos, los dejaban en la plataforma. Una vez llena, tiraban de la cuerda, señal tras la cual la plataforma se elevaba lentamente hacia el exterior y volvía a bajar vacía. Carlos le indicó con gestos a Roberto que tenían que trabajar más rápido para salir cuanto antes de allí.

Estaban llenando por segunda vez la plataforma de cubos cuando de pronto Carlos se tambaleó. Roberto lo agarró, pero no pudo evitar que se precipitase de cara al lodo. Sacó a su hermano de la masa química y tiró con fuerza de la cuerda. El operador de la grúa elevó la plataforma pensando que estaba cargada, pero apareció vacía ante su atónita mirada. Mientras tanto, Roberto tiraba frenéticamente de la cuerda intentando mantener a Carlos alejado del lodo.

Cuando Sambaguita vio la plataforma vacía y la confusión en el rostro del operador, supo que había ocurrido algo.

—Súbeme, deprisa —le gritó al operador.

La plataforma bajó rápidamente, Sambaguita cogió una máscara y se elevó hasta la apertura del tanque. Antes de colocársela, le gritó a un trabajador:

—Llama a una ambulancia y a los bomberos, diles que es una emergencia.

Desde arriba contempló la terrible escena: Roberto tratando desesperadamente de sostener a su hermano, débil y empapado de lodo.

Cuando llegó al fondo, Sambaguita agarró a Carlos e intentó levantarlo, pero su cuerpo flácido se le resbalaba de

las manos. Finalmente, con la ayuda de Roberto, logró cargárselo a los hombros y subirlo a la plataforma.

Sambaguita estaba tirando de la cuerda cuando su máscara dejó de recibir oxígeno y empezó a inhalar los vapores tóxicos. Cayó desmayado y su cuerpo inmóvil quedó sentado en el lodo.

Conklin llegó corriendo de la oficina justo cuando la plataforma salía del tanque elevando el cuerpo de Carlos desmayado, con los brazos y las piernas colgando, y el de Roberto en el otro extremo, jadeando y con arcadas. El operador le gritó que Sambaguita estaba en el tanque.

Chad no perdió ni un segundo. Sacó a Carlos y a Roberto de la plataforma y los dejó tendidos en el suelo. Entonces agarró una de las máscaras que quedaban y se la puso, pero no funcionaba. Tiró la máscara a un lado mientras le daba la señal al operador para que lo elevara. Cuando llegó al punto más alto vio a Sambaguita inmóvil y encorvado en el lodo.

En ese momento se acordó de su entrenamiento en la Marina.

—Quiero que me metas y me saques de ese tanque en treinta segundos, ¿entiendes? —le gritó al operador.

Este asintió, miró su reloj y empezó a bajar la plataforma mientras Chad aguantaba la respiración.

Tan pronto como golpeó el fondo viscoso del contenedor, Chad saltó y agarró a Sambaguita Poliscarpio. Lo zarrandeó, pero no hubo respuesta. Lo encaramó a la plataforma, tiró de la cuerda y se elevaron sobre el tanque, todo ello en menos del tiempo acordado. Chad pudo respirar de nuevo, aunque las lágrimas provocadas por los gases tóxicos le habían empapado toda la cara.

Antes de tocar el suelo, Chad le arrancó la máscara a Sambaguita y le presionó el tórax con golpes rítmicos desde detrás. Lo sacó de la plataforma, estiró su cuerpo en el suelo y se arrodilló sobre él con las piernas abiertas mientras sus manos trabajaban sobre su diafragma a un ritmo frenético. El filipino empezó a despertar. A su lado, un trabajador limpiaba con una manguera a los dos hombres, intentando eliminar los residuos.

Los bomberos aparecieron cuando cesaron los esfuerzos por reanimar a Carlos. Era demasiado tarde. Roberto, temblando, intentaba reprimir las arcadas mientras se quejaba de un intenso escozor en los ojos.

Lentamente Sambaguita recobró la conciencia, él también tenía serios problemas para respirar. Apenas unos segundos antes de que llegase la ambulancia, Chad se agachó y le susurró al oído:

—Mantén la boca cerrada, amigo. No sabes nada, que quede claro. Recuerda que te he salvado la vida, yo me ocuparé de todo. Tú simplemente no digas nada.

Samuel Hamilton, el reportero, y su fotógrafo Marcel Fabreceaux aparecieron en el Ford verde del 47 de Marcel justo cuando Roberto y Sambaguita eran llevados a la unidad de respiración del Hospital General de San Francisco en ambulancia. Marcel tomó una fotografía del vehículo bajando la calle a toda velocidad. Antes de irse, uno de los hombres de la ambulancia había llamado al médico forense desde la oficina de Conklin para que examinase al hombre que había muerto.

Samuel Hamilton empezó vendiendo anuncios clasificados en un periódico, pero todo cambió cuando investigó la muerte de un amigo suyo. Lo que en un primer momento parecía un simple suicidio, acabó siendo un importante caso de asesinato y contrabando en Chinatown que el reportero resolvió brillantemente. Gracias a ese caso se abrió camino en el mundo del periodismo y, desde entonces, había resuelto otros asesinatos junto con el teniente Bernardi, detective de la brigada de homicidios.

Aunque aturdido, Chad Conklin era capaz de mantener la situación bajo control. Mientras estaba de rodillas tratando de salvar a Carlos, vio de reojo a Marcel tomando una foto y a Samuel con su cuaderno en la mano.

Se levantó, con el rostro enrojecido y lleno de lágrimas, dejó al contable con el cadáver del trabajador y se volvió hacia Samuel.

—Estoy intentando salvarle la vida a un hombre y no se os ocurre otra cosa que tocar los cojones. ¡Largaos de mi propiedad!

Orientó su imponente figura hacia Samuel, Marcel y otros periodistas que acababan de llegar.

—¿Qué tal si nos hace unas declaraciones sobre cómo ha ocurrido el accidente? —preguntó Samuel, impertérrito ante la agresividad del dueño, mientras Marcel seguía haciendo fotos de este.

—No lo pilláis, imbéciles. Esta es mi propiedad y si hace falta tengo derecho a hacer uso de la fuerza para echaros —dijo dirigiéndose hacia ellos con una pala.

Cuando llegó a la verja exterior, Samuel, Marcel y los otros reporteros ya se habían apartado. Conklin cerró la puerta de alambre con candado.

—Mañana compra el periódico, saldrás en primera plana —le gritó Samuel, mientras Conklin se precipitaba a su oficina y daba un portazo.

Diez minutos más tarde, apareció el teniente Bruno Bernardi de la policía de San Francisco acompañado por varios agentes y por Philip Macintosh, su técnico de la policía científica. Bernardi era un hombre fornido de metro setenta, con un físico de púgil y una nariz aplastada, recuerdo de su época de lucha libre en el instituto. Samuel le vio salir de su Ford Victoria negro del 60, con las luces azules pegadas al techo, vistiendo su habitual traje marrón apagado y con el pelo corto.

—Hola, Bruno, tienes a un imbécil entre manos. Ha cerrado la verja y nos ha dejado fuera. Espero que vengas preparado para algo así.

Bernardi se echó a reír.

—Maldita sea, Samuel, siempre te adelantas. ¿Cómo lo haces?

—Tengo muchos amigos y acceso a la frecuencia policial —contestó el reportero—. Si estáis aquí es porque hay algún cadáver, ¿verdad?

—Sí. Eso es lo que me han dicho. Parece una exposición química, pero no estaremos seguros hasta que le echemos un vistazo.

—Vimos el cuerpo de un hombre cerca de un tanque. A su alrededor había gente haciéndole algo, yo diría que alterando la escena de un crimen, pero ese idiota nos ha echado con tanta prisa que no estoy seguro de lo que ocultaban. A menos que entre contigo, tendré que esperar a que Marcel revele las fotografías.

—¿Tienes fotos del cuerpo? —preguntó Bernardi.

—Eso creo, ¿no es así, Marcel? —dijo Samuel.

—Por supuesto. Y no tenía muy buen aspecto —contestó el fotógrafo.

—¿Puedo publicarlas? —preguntó el reportero.

—Ya conoces las reglas en estos casos. Primero tenemos que ver si las podemos usar como pruebas.

—Que yo las publique tampoco lo impediría —gruñó Samuel—. Además, hemos sido los primeros en llegar y no hemos movido ni una maldita piedra.

—Está bien. Pero no te entrometas y no toques nada —le advirtió el detective—. ¡Eh!, los de dentro, abrid la verja. Somos la policía de San Francisco, estamos investigando un posible homicidio —gritó con su poderosa voz.

Al no recibir respuesta, se dirigió a su Ford Victoria, abrió el maletero, sacó un megáfono de batería y regresó a la puerta.

—Les habla el departamento de policía de San Francisco.

El potente eco de su voz salió del megáfono e inundó el edificio.

—Si no abren la puerta la forzaremos, tenemos razones para pensar que se ha cometido o se está cometiendo un crimen en esta propiedad. Si no colaboran serán arrestados por interferir en una investigación policial. Les doy un minuto.

Bajó el megáfono y le guiñó el ojo a Samuel. En menos de un minuto todo se solucionó. Chad Conklin salió de su oficina, con su pelo rubio pulcramente peinado a un lado, llevando unas gafas de sol y luciendo una chaqueta con la insignia del Club de Yate Saint Francis en el bolsillo.

—Lo siento, teniente. Estábamos tratando de salvarle la vida a ese pobre hombre cuando unos intrusos me obliga-